

Dos Premios

El hecho cultural de la semana pasada fue la entrega, por primera vez, del Gran Premio Nacional de Literatura, a Juana de Ibarbourou; y del Premio Nacional (bienio 1955-56) a Alberto Zum Felde, premio que recibiera, por el bienio 1953-54, el poeta Carlos Sabat Erceasty. El Gran Premio se concede cada tres años por la totalidad de la obra de un escritor, y el Nacional por lo realizado en un período de dos años sin ninguna otra consideración, de modo que tanto puede recaer en un principiante como en un veterano.

Los premios conquistaron una resonancia periodística —fotógrafos y artículos de circunstancia— mayor que la habitual en estos casos, pero sigue siendo dudoso que ellos conquisten un solo lector más para los premiados. Pero si no han suscitado entusiasmo tampoco han provocado censura, tanto vale



reconocer la justicia de los nombres elegidos. Conviene decir, sin embargo, que con la misma justicia pudieron haber sido otros los designados, y ello por una razón casi matemática: habiendo sido creados muy tardíamente en un país donde todos escriben, encuentran apenas nacidos una superacumulación de candidatos con méritos equivalentes.

Acostumbrados a la periódica exaltación de J. de I. el otorgamiento de un nuevo premio, aunque sea la mayor distinción literaria del país, no promueve expectativa particular. Y sin embargo es justo. Al finalizar la segunda década de este siglo, ella operó un giro de nuestra poesía, paralelamente a Sabat y Baso Maglio, desprendiéndola de la mimética repetición modernista en que se demoraba. Creó una poesía de epidérmica sensualidad y canto melódico que hoy nos evoca un muy lejano e inimaginable paraíso terrenal. Tuvo entonces una actitud inconformista y un calado lírico al que luego no fue siempre fiel, creo yo que por esa situación paradójica de ser un verdadero poeta inmerso en el más burgués y mediocre de los ambientes literarios. Se le ha reprochado, y también es justo, el indiscriminado madrinazgo que extendió a todo versificador con esperanzas, y que tuvo un resultado doblemente contraproducente.

Por un lado invalidó parejamente todos sus juicios estéticos, quitándole esa importante función que corresponde a un poeta aún cuando no sea un crítico: orientar nuevas creaciones, vigilar el más auténtico desarrollo de la literatura de un país. Por otro lado puso a su alrededor un coro simplemente admirativo que no es el más conveniente para el progreso hondo y original de un creador. La consecuencia es que, como se ha señalado, aún hoy no existe un estudio serio de su poesía, y que si la larga carrera creadora de J. de I. está jalonada de hermosos poemas, no ha vuelto a dar un libro de tono tan



sostenido como el de *Las lenguas de diamante*. Sin contar que se ha enturbiado el funcionamiento de nuestras élites culturales merced al ingreso de tanto versificador ocasional, y lo que es más grave, se ha interrumpido drásticamente la comunicación entre J. de I. y las nuevas y auténticas promociones poéticas.

Muy distinta, si no contraria, ha sido la reacción con respecto a Alberto Zum Felde, a quien este premio ha sacado bruscamente de su retiro, donde hace quince años trabaja pacientemente en su gran obra sobre las literaturas americanas, de la que ya se ha publicado el volumen sobre el ensayo y está a aparecer el dedicado a la novela. Fue durante muchos años el cronista semanal de nuestras letras, para ser en 1930, con el Proceso intelectual del Uruguay, el primer sistematizador original de nuestra cultura, superando el intento de Roxlo; treinta años después su libro sigue siendo único y no ha sido sustituido. No quiere decir ello que no puedan y deban ser revisadas sus conclusiones críticas, más que nada su estructuración ideológica e histórica de nuestra cultura. En estas mismas páginas Real de Azúa hizo capítulo de objeciones sobre el Índice crítico de la literatura hispanoamericana, que revelan más que un desdoro personal, dos criterios distintos de la función crítica, correspondientes a dos generaciones distintas también.

A. Z. F. ha conquistado el título de primer crítico de las letras uruguayas, merced a la atención independiente que mostró siempre por las obras literarias, a la sensibilidad estética que supo aliar con una consideración sociológica, como demostró en su *Evolución histórica*: paradójicamente, por el hecho de no pertenecer a ninguna escuela crítica estricta, se ha movido en varios planos simultáneos de penetración, que le permitieron una visión panorámica más cabal a pesar de la falta de alguno de sus instrumentos críticos.

Su porfiado trabajo, su arisca libertad de opinión, lo certero de sus enjuiciamientos (Rodó, por ejemplo), hacen de él uno de los más evidentes candidatos al Gran Premio Nacional.

Dicho esto, debe agregarse que el desconocimiento bibliográfico de los jurados corre parejo con su negligencia. A Alberto Zum Felde se le discernió el premio bienal de los años 1955-56, haciéndose hincapié en que su mayor mérito para obtener esa recompensa había sido la aparición del Índice crítico de la literatura hispanoamericana. Lamentablemente ocurre que ese libro fue publicado en el año 1954 según consta en el pie de imprenta reglamentario de la edición mexicana. En los años 1955-56 la actividad intelectual pública de A. Z. F. fue muy escasa y sólo recuerdo, en este momento, un buen prólogo a la edición oficial de Tabaré.

Nadie tiene obligación de conocer en detalle la bibliografía nacional. Pero, ¡no les hubiera convenido a los jurados reconocerlo honestamente y solicitar una información detallada a quien supiera más que ellos acerca de lo que pasó en esos años, o al menos consultar el fichero cronológico de la Nación, en vez de resolver el premio de un martes para un jueves confiados en la falaz memoria?